

## 2. Paisaje con figuras: un escenario

¿Cuáles son las raíces que prenden...?

T. S. ELIOT, "La tierra baldía"

**UNA TRADICIÓN ORAL: RESISTENCIA Y ADAPTACIÓN.**

**UN MODO DE VIDA FORMAL**

Mucho se ha escrito sobre la influencia de los "medios de comunicación masivos" en la clase trabajadora. Pero si escuchamos hablar a los trabajadores en la casa y en el trabajo, probablemente no nos sorprenda tanto la evidencia de cincuenta años de prensa y cine popular como el poco efecto que estos han tenido en el habla cotidiana, la medida en que los trabajadores aún se nutren de la tradición oral y local en el habla y en los supuestos para los que el habla es una guía. Esa tradición se está debilitando, por cierto, pero si hemos de comprender la situación actual de la clase trabajadora, no podemos declarar muerta la tradición cuando todavía sigue viva.

Los ejemplos que transcribo a continuación han sido recopilados en un lapso deliberadamente breve, en la sala de espera de un consultorio de pediatría pintado en tonos pastel y con muebles de caño. Un grupo de madres desaliñadas y sin gracia esperaban con sus hijos y conversaban fluidamente sobre sus costumbres. En tres minutos, dos mujeres dijeron lo siguiente:

"Se lo ve bien igual" (sobre un niño bien nutrido).

"Lo que natura no da Salamanca no presta" (sobre la inteligencia que se necesita para aprobar el examen de obtención de una beca).

"¿A que no hay mejores despertadores?" (sobre los niños que se despiertan temprano).

"El que se acuesta con niños...".

"Es que donde hay hambre no hay pan duro".

Al poco tiempo, en una tienda que era el punto de reunión matinal de unas amas de casa, escuché:

“Me miró mal”.

“No estamos tan forrados como antes; no tenemos suficiente tela” (sobre la escasez de carne).

“¿Oíste lo del director? Perdió la chaveta”.

“Hoy me tiré el ropero encima; hasta tengo puesta una falsa blusa” (frase referida a una blusa con pechera y botones sin ojales).

Los viejos dichos que se refieren a acontecimientos tales como nacimientos, bodas, relaciones sexuales, hijos o muertes son muy frecuentes. Sobre el sexo:

“Nadie nota si falta una porción de una torta que no está entera” (sobre las costumbres sexuales de algunas damas ligeras).

“Nadie mira la repisa de la chimenea cuando atiza el fuego” (una mujer no necesita ser bella para que las relaciones sexuales con ella sean placenteras).

“Me viene bien una buena comida de vez en cuando” (comentario sobre una mujer cuyo atractivo físico es muy evidente).

“Si cuidas a tu marido, te durará toda la vida” (sobre sexo y tareas domésticas para una esposa joven que está enferma y se siente apenada).

“No vale la pena abrir el horno para hornear un solo pan” (una madre de mediana edad a una joven embarazada de su primer hijo que dice que estaría conforme con tener un solo niño).

La mayoría de esas frases son lo que queda de una tradición oral muy robusta. El uso de la palabra “falsa”, por ejemplo, indica un sentido moral que tiñe los sucesos de la vida cotidiana. No tengo tanta evidencia que pruebe que esas frases están siendo novedosas. Durante la última guerra, los soldados acuñaron unas pocas frases, pero casi ninguna se ha conservado en el habla corriente. Cada tanto surge alguna de cierto programa de radio muy popular y se pone en boga durante un tiempo; por ejemplo, “¿Me oyes, mami?” o “¡Sí, claro, pibe!”.\* Por lo demás, los trabajadores más jóvenes se

las arreglan con unos pocos epítetos que incorporan al conjunto de viejas frases que han adoptado como propias. Las cosas que más les gustan son “bárbaras” y las que menos, “horribles”; lo que admiran es “grandioso” y, un término más moderno, “súper” (aunque este último es un epíteto menos característico de una clase en particular).

En las personas de mediana edad, y con más fuerza de lo que creemos también en los jóvenes, persisten las viejas formas de habla. Y no persisten como un condimento sino como un elemento formal: las frases se usan como fichas “clic, clic, clic”. Si sólo prestamos atención al tono, llegaremos a la conclusión de que se usan únicamente por decir algo, que son frases hechas sin contenido y que no se vinculan con la forma en que se vive; se usan y, en cierto modo, no tienen conexión con el contexto. Si prestamos atención sólo al tema —la aceptación de la muerte, las bromas respecto del matrimonio y su consentimiento, el aprovechamiento de lo que se tiene—, tendremos un panorama de cómo las viejas actitudes, simples y saludables, se conservan intactas. La verdad está en medio de dos extremos: la persistencia de las viejas formas de habla no indica que las antiguas tradiciones se conserven de un modo vital, sino que no están del todo muertas. Se vuelve a ellas, se recurre a ellas como un campo de referencia fijo y bastante fiable en un mundo que resulta difícil de comprender. Los aforismos se emplean como una suerte de elemento tranquilizador: “En fin, no hay mal que por bien no venga” y un conjunto de variantes de la frase. No debería sorprendernos (y en el nivel en que esa forma de habla tiene su efecto no es, de ninguna manera, paradójico) que esas frases se contradigan entre sí muchas veces, que en una conversación más o menos extensa se usen para probar opiniones opuestas. No se usan como elementos de un discurso intelectual.

Lo mismo puede decirse de las supersticiones y los mitos. El mundo de la experiencia está catalogado en su totalidad en dos grandes categorías: las cosas que se vinculan con la buena fortuna y las que se relacionan con la mala suerte. Esa división se aplica de manera automática en la vida diaria. Ponerse los zapatos sobre la mesa, pasar por debajo de una escalera, derramar sal, poner ciertas flores dentro de la casa, quemar “cosas verdes”, llevar hojas de muérdago a la casa antes de Navidad, romper un

\* En inglés, las frases son “*Can yer 'ear me, Muther?*” y “*Right, Munkey!*”. La primera pertenece a una canción que cantaba un famoso cantante inglés de

las décadas de 1930 y 1940. La segunda, al cómico británico Al Read, quien la empleaba siempre en su popular programa de radio de las décadas de 1950 y 1960. [N. de T.]

espejo, dar un cuchillo sin recibir una moneda a cambio o poner los cuernos cruzados sobre la mesa son acciones que traen mala suerte, pero que se cruce un gato negro,\* ponerse las medias al revés, que un hombre de piel oscura entre en la casa delante de uno en Navidad o Año Nuevo o tocar madera si se ha tentado a la suerte son signos de buena fortuna. El novio no debe ver a la novia el día de la boda antes de la ceremonia y ella debe usar -y de hecho, usa- algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul. Que un bebé lllore en su bautismo significa buena suerte. El día que nace un niño, quienes lo ven sueltan un conjunto de rimas del tipo de "Con un hoyuelo en la barbilla, recogerás el dinero en carretilla". Los sueños también son importantes, no porque revelen cosas del pasado ni porque representen alguna angustia escondida, sino porque predicen cosas y normalmente significan lo contrario de lo que aparentan: llorar en sueños representa algo placentero, pero hay que llorar de verdad, despertarse con lágrimas en los ojos, y no sólo soñar que se llora.

Las supersticiones y la salud van de la mano. "No creo en los médicos" es una frase bastante frecuente. Existen cientos de dichos antiguos y expresiones modernas, casi todas apócrifas, que confirman la creencia. Mi generación es quizá la última a la que han tratado con azufre y melaza para curar la mayoría de los males infantiles, pero la receta no ha quedado en el olvido. Otros tratamientos son más extraños. Sé de dos experimentos urbanos recientes con pelo de caballo y carne para eliminar verrugas: la carne se ata con el pelo de caballo y se entierra; la verruga se debilita y con el tiempo se cae. Hace unos años, en algunas fábricas de ropa de Leeds corrió el rumor de que lavarse con orina era bueno para la piel. Aún se piensa que la debilidad de ciertos niños se debe a que tienen el pelo largo y grueso, pues el cabello crece a expensas del cuerpo. Todas las actividades, por mínimas que sean, están asociadas a una serie de creencias; así, ciertas mujeres siempre van a las reuniones<sup>5</sup> donde juegan a los naipes con una moneda del año en que nacieron; algunas marcan los tantos con lápiz rojo y otras no se ponen zapatos negros.

La mayoría de esos mitos son muy antiguos; algunos están desapareciendo, y ocasionalmente nacen otros nuevos. Son notables, en particular, los que tienen que ver con las grandes figuras de un mundo ajeno. En el folclore más elemental de la clase trabajadora, al revés de

lo que ocurre con el humor, se tiende a engrandecer a las figuras y no a empequeñecerlas. Se cuentan historias fabulosas sobre cómo murió tal estrella de cine (trató de adelgazar permaneciendo dentro de la heladera y murió congelada) o acerca de cómo vive tal princesa. Se dice que Stalin se hacía "poner inyecciones" para vivir hasta los 150 años. El proceso a veces funciona al revés: se dice que "ellos" pinchan intencionalmente uno de cada diez preservativos y también que "ellos" le echan bromuro al té de los soldados para debilitar su deseo sexual.

Algunos de los mitos mencionados, sobre todo los relacionados con la buena y la mala suerte, también forman parte de las creencias de otras clases sociales. ¿Qué características acompañan esos mitos en la clase trabajadora? Las afirmaciones van precedidas de "Dicen que...". No se las analiza, pero en ocasiones la gente se mofa de ellas porque son "cosas de vieja". No obstante, todos se cuidan bien de seguirlas al pie de la letra. Se dice que "son todas supersticiones" y se las critica en artículos de revistas populares, pero la tradición oral las recoge y las perpetúa. Los jóvenes las repiten tal como lo hacían los mayores. ¿Existe alguna revista leída por la clase trabajadora que no traiga el horóscopo? Los cambios ocurren muy lentamente y las personas no advierten la incoherencia: creen y no creen al mismo tiempo. Continúan repitiendo las antiguas fórmulas y observando sus prohibiciones y permisos: la tradición oral sigue siendo muy fuerte.

Así ocurre en muchas otras áreas de la vida de las personas de la clase trabajadora. El mundo de las parejas de mediana edad tiene muchas características eduardianas. Las salas de sus hogares han cambiado poco desde la época en que las amueblaron por primera vez o desde que las heredaron de sus padres, salvo por el agregado de algún adorno menor o una silla. A las parejas jóvenes les gusta comprar todo nuevo cuando "sientan cabeza" y los vendedores de las mueblerías se esfuerzan por persuadirlos de que compren en cuotas más muebles de los que necesitan. Pero aunque digan que los muebles son modernos y aunque estén hechos con materiales nuevos, deben tener las mismas características que los de una sala "de un hogar de verdad", como la de los abuelos. Lo mismo puede decirse de la vajilla, de los parques de atracciones y de las canciones populares.

No se trata sólo de una forma de resistencia pasiva sino de algo que, aunque no esté completamente articulado, es positivo. La clase trabajadora tiene una capacidad natural para adaptarse a los cambios asimilando lo que le gusta de lo nuevo y pasando por alto el resto.

\* En Inglaterra, el gato negro es un símbolo de buena suerte. [N. de T.]

<sup>5</sup> Costumbres de las reuniones de mujeres que juegan a los naipes, relatadas por un hombre que fue maestro de ceremonias en tres mil reuniones (*Reville*, 2 de octubre de 1953).

Vivir como clase trabajadora implica pertenecer a una cultura omnipresente, una cultura que tiene una forma y un estilo como los que se atribuyen a la clase alta. Un trabajador no sabría seguir las reglas de una cena de siete platos y un hombre de clase media alta en una reunión de personas de clase trabajadora se vería extraño en su forma de conversar (en el ritmo de la conversación, no sólo en el tema o en el vocabulario), de gesticular o de hacer el pedido al camarero y de apoyar el vaso en la mesa. Pensemos en algunas rutinas de la clase trabajadora alrededor de la vestimenta: la ropa de domingo, la "ropa para salir" para que los niños estrenen en Pentecostés cuando van de visita a casa de los parientes que les regalan dinero, o el intrincado sistema de renovación del guardarropas mediante la venta puerta a puerta. Pensemos también en la elaboración de formalidades, desde el simple "pasar el día" hasta "una muestra de respeto" a un vecino fallecido como el quedarse de pie en las puertas del cementerio durante el funeral, o los rituales de los "Buffs" y los "Odd Fellows". O en la costumbre, que lleva ya más de cincuenta años, de enviar postales desde la playa. La mayor parte del año, los miembros decentes de la clase trabajadora no verían con buenos ojos recibir una de esas postales, pero en época de vacaciones "se permiten" enviar algunas a los amigos: tarjetas que muestran suegras gordas y policías gordos, hombres escuálidos con esposas de caderas prominentes, botellas de cerveza y bacinillas por todos lados, con la eterna cantilena de humor barato y estilo invariable.

Así, muchas de las nuevas actitudes no afectan demasiado a la clase trabajadora. Sus integrantes se ven menos influidos de lo que cabría esperar con sólo considerar la enorme medida en que son objeto de esos abordajes. Quizás haya algo de verdad profética en las discusiones sobre "la gran masa anónima con sus reacciones completamente apáticas". Pero hasta ahora, los miembros de la clase trabajadora no se ven tan afectados como sugiere la frase, porque en gran medida "no están"; viven en otro lado, intuitivamente, por costumbre, verbalmente, alimentándose de mitos, aforismos y rituales. Eso los salva de algunas de las peores consecuencias de las actitudes actuales. Al mismo tiempo, en otro sentido, los convierte en sujetos más fáciles de abordar. Han sido afectados por las condiciones de la modernidad sólo en aquellos aspectos en los que las tradiciones más antiguas los hicieron muy abiertos e indefensos.

### "NO HAY NADA COMO LA PROPIA CASA"

Cuanto más de cerca observamos la vida de la clase trabajadora, más tratamos de llegar a lo más profundo de sus actitudes y es más probable que parezca que esa profundidad tiene que ver con lo personal, lo concreto, lo local: está encarnada en la idea de, en primer lugar, la familia y, en segundo lugar, el barrio. Esto sigue siendo así, aunque haya muchas cosas que operen en contra, y en parte justamente por eso mismo.

En las revistas dirigidas a muchachas y amas de casa de clase trabajadora, es muy frecuente el uso de la palabra "pecado". La palabra no aparece en publicaciones más elevadas, salvo en obras de autores particularmente interesados en que sus lectores recuerden "la condición metafísica del hombre". En cambio, las revistas para la clase trabajadora no emplean la palabra "pecado" en un sentido metafísico; no aluden a la caída del hombre en el sentido bíblico ni a las obligaciones para con Dios. "Pecado" es que un hombre deje embarazada a una chica y no se case con ella; que una muchacha permita que la dejen embarazada, que se "meta en problemas" (el aborto rara vez aparece nombrado como solución y nunca se lo aprueba); "pecado" es que la mujer o el hombre casados se arriesguen a perder a su marido o a su mujer por salir con otros; "pecado" es arruinar el matrimonio de otra pareja. "Pecado" es todo acto en contra de la idea del hogar y la familia, en contra del sentido de la importancia de "conservar la unión en el hogar". Mientras que casi todo lo demás se rige por normas externas, resulta azaroso y probablemente golpee cuando menos se lo espera, la casa es un lugar propio y real; la mejor forma de bienvenida sigue siendo: "Siéntase como en su casa".

Las personas de la clase trabajadora siempre rechazaron la idea de "terminar en un asilo" por muchas razones, y una de las principales es la inalienable cualidad de la vida en el hogar. Una viuda "se matará trabajando" como empleada doméstica antes que aceptar que sus hijos terminen en un orfanato, aunque sea bueno. Cuando la viuda muere, los parientes, algunos de los cuales quizá no hayan hecho nada por ella en vida y tampoco tienen entonces demasiado interés en cuidar de sus hijos, se reparten a los niños. Mi madre quedó viuda con tres hijos de 1, 3 y 5 años, y cuando murió, después de cinco años de trabajo duro, recuerdo que una tía que venía de lejos y a la que yo no conocía dijo que "los orfanatos de hoy en día son distintos". Nadie le hizo caso, así que los tres nos fuimos con distintos familiares, todos más pobres que esa tía.

La insistencia en la privacidad del hogar surge de este sentimiento, reforzado por la conciencia de que, aunque los vecinos son de "la misma

clase” y colaboran en los momentos difíciles, siempre están listos para el chisme y muchas veces para los comentarios malintencionados. “¿Qué van a pensar los vecinos?”: por lo general, piensan que dos y dos son cinco; “no tienen la intención de herir” con sus comentarios, pero a veces pueden ser excesivamente crueles. Si bien son capaces de “escuchar todo lo que ocurre” a través de la estrecha pared medianera, uno puede cerrar la puerta de entrada, “vivir su propia vida” y no “sacar los trapitos al sol”, es decir, compartirlo todo con los miembros de la familia, incluidos los hijos casados y sus propias familias, que viven en las inmediaciones, y con algunos amigos que suelen visitar la casa. Uno quiere tener buenos vecinos, pero un buen vecino no tiene por qué entrar en la casa del otro, y si adopta esa costumbre, hay que “ponerle límites”. Las cortinas de encaje a media altura no dejan pasar la mayor parte de la poca luz solar que llega a la ventana, pero determinan la privacidad. El alféizar de las ventanas y el umbral de la puerta desgastados de tanto cepillarlos con polvo limpiador indican que en la casa vive una familia “decente” que sabe que hay que hacer limpieza general de la casa una vez por semana.

En el interior, la aspidistra ya no está; la han reemplazado el joven campesino comiendo cerezas y la niña con gesto tímido tocándose la falda, o la joven con sombrero que lleva dos perros de raza Borzoi o un alsaciano. Objetos modernos adquiridos en un local de una cadena de tiendas, mal enchapados y con manchas de barniz, sustituyen a la vieja caoba. Entran en la casa jaulas para pájaros y latas multicolores para guardar galletas. No se trata solamente de tener lo mismo que los Jones; esos objetos están al servicio de los valores domésticos en su máxima expresión. Así, muchas casas prefabricadas ahora ostentan vidrios de colores ensamblados con plomo provistos por los dueños. En las casas más antiguas, las repisas de las ventanas brindan la oportunidad de añadir algo de color en el exterior en macetas con frondosas plantas de mas-tuerzo o hasta con llamativos geranios.

Recordando los años que compartí la sala de estar con mi familia, diría que una buena sala debe proporcionar tres cosas: sociabilidad, calidez y mucha buena comida. La sala es el corazón de la vida familiar, y por ello las visitas de clase media encuentran algo viciado el ambiente. No es un centro social sino un centro familiar; allí no se reciben visitas, tampoco en la habitación del frente, cuando la hay. No hay nada que se parezca al concepto de “recibir” que tiene la clase media. La vida social de la esposa, fuera de la relación con sus familiares más directos, se desarrolla en la zona donde se cuelga la ropa, en la tienda de la esquina, ocasionalmente en casa de parientes que no viven muy lejos y, quizás alguna que otra vez,

en el *pub* o en el club, cuando acompaña al marido. Él va al *pub*, al club, al trabajo y a los partidos de fútbol. Los amigos que tiene en esos lugares probablemente no conozcan su casa por dentro, ya que nunca “cruzaron el umbral”. La chimenea está reservada a la familia, la que vive en la casa y los parientes que viven cerca, y a los que “significan algo para nosotros” y van a charlar o a pasar el rato. Gran parte del tiempo libre de un hombre y de su esposa transcurre frente a la chimenea; “quedarse en casa” es una de las actividades de ocio más comunes.

El espacio está abarrotado de objetos; es como una madriguera alejada del mundo exterior. No suena el teléfono y es raro que alguien golpee a la puerta por la noche. Pero el grupo, si bien es reducido, no tiene intimidad; se trata de un grupo gregario en el que se comparte la mayoría de las cosas, incluida la personalidad: “nuestra mamá”, “nuestro papá”, “nuestra Alice” son las formas de tratamiento más comunes. Estar solo, pensar en soledad o leer en silencio no son actividades muy corrientes. Están la radio o la televisión,<sup>6</sup> cosas que se hacen cada tanto o fragmentos de conversaciones intermitentes (rara vez una conversación larga); la plancha golpea contra la mesa, el perro se rasca o bosteza y el gato maúlla para que lo dejen salir;<sup>7</sup> el niño se seca con la toalla familiar cerca de los leños que crujen o lee en voz baja la carta que el hermano que está en el ejército envió para toda la familia, y que se hallaba en la repisa de la chimenea detrás de la foto de la boda de la hermana; la niña empieza a lloriquear porque ha estado mucho tiempo despierta; el loro parlotea.

En algunas de las casas esta unidad se materializa en la confección de una alfombra de retazos. Se preparan retazos de ropa vieja, ordenados por color, y se los pega en un trozo de arpillera. Los diseños son sencillos y tradicionales; por lo general, contienen un círculo o un rombo central y el resto queda en azul marino liso (salvo en los bordes) o ese azul grisáceo que se produce con la mezcla de materiales de mala calidad; a la mayoría nos hace recordar el color de las mantas del ejército. La nueva alfombra reemplazará a la realizada hace mucho tiempo y habrá costado poco más que el precio de la arpillera, a menos que se decida incluir un centro más alegre y no haya

6 Antes de que llegaran la radio y la televisión, los juegos de naipes eran muy populares en los hogares, y el juego más común era el *bridge*. Después de que la costumbre se hubiera perdido en gran medida, el solitario seguía teniendo adeptos. Una de mis tías lo seguía jugando mucho en la década de 1930.

7 Según el *HRS 1955*, los perros son más comunes en la clase alta que en las clases media y baja, pero la clase baja (grupos D y E) tiene en proporción más gatos que las otras.

suficiente color. En ese caso, para comprar recortes de –por ejemplo– color rojo, se necesita alrededor de una corona por kilogramo.

¿A alguien le parece extraño que los hijos que se casan tarden unos años en abandonar la chimenea de la casa materna? Mientras se lo permiten las necesidades de sus propios hijos, y ese momento llega mucho después de lo que una buena madre creería razonable, los hijos con sus propios hijos irán de visita a la casa materna por las noches. Los yernos van directamente después del trabajo y cenan allí, donde lo están esperando con la mesa servida, y donde también comen los abuelos, que viven en la casa (aunque la mayoría de los ancianos no aceptan la idea de “dejar el hogar” y sólo lo abandonan cuando no queda más remedio; en cambio, prefieren que los más jóvenes vayan a su casa con sus hijos).

El calor, estar “a gusto como una pulga en un perro”, es lo más importante. Setenta años de carbón barato hicieron que la mayor parte de la gente lo usara en cantidades industriales, en comparación con el consumo en otros países. Una buena ama de casa sabe que debe “mantener un buen fuego” y probablemente preste más atención a eso que a comprar ropa interior abrigada. Es que el fuego se comparte y está a la vista de todos.

“Una buena mesa” tiene similar importancia, y la frase se refiere a una mesa llena de comida y no tanto a una mesa con alimentos de una dieta equilibrada. Por eso, muchas familias compran menos leche de la que deberían y la ensalada no es muy popular. Relacionado con este tema aparece un conjunto de actitudes, algunas basadas en la sensatez y otras, en mitos. La “comida casera” siempre es la mejor; la comida de los restaurantes casi siempre está adulterada. Las pequeñas confiterías saben muy bien que les irá mejor en el negocio si ponen en la vidriera un cartel que diga “Panecillos y tortas caseras”, frase que en cierta medida no falta a la verdad, aunque los hornos eléctricos hayan sustituido a los antiguos aparatos de cocina de la casa familiar, en cuyo frente funcionaba el negocio. La desconfianza que generan los restaurantes se ve reforzada por el hecho de que rara vez hay dinero para comer en uno de ellos, si bien las cantinas baratas de los lugares de trabajo provocan la misma resistencia. El marido se queja de que la comida de la cantina “es sosa” y la esposa le “prepara una vianda”, es decir, unos sándwiches con “algo sabroso”, y la comida principal para la noche.

“Algo sabroso” es una frase clave en la alimentación: algo sólido, sustancioso y con sabor bien definido. El sabor se incrementa con el uso indiscriminado de salsas y encurtidos, en especial salsa de tomate y mostaza con pepinillos en vinagre. Recuerdo que en sus prósperos primeros años de casados, mis parientes siempre preparaban algo frito a la tarde: chuletas, filetes, hígado, papas. Por el contrario, los jubilados, con menos recursos,

a veces preparaban algo que parecía una comida apetitosa disolviendo un cubo de caldo Oxo en agua que luego acompañaban con pan. Desde que su precio es accesible, la carne se ha vuelto un alimento básico y las amas de casa de la clase trabajadora que han pasado momentos de necesidad conocen los cortes de carne más baratos, nutritivos y, a la vez, sabrosos. El acento que se pone en el sabor se ve claramente en la necesidad de servir “algo con el té” los fines de semana, si no todos los días. Hay una enorme variedad de platos preferidos, por lo general, productos derivados de la carne, como morcilla, patas de cerdo o de ternera, hígado, callos, salchicha boloñesa, pato, intestinos de cerdo (y, en ocasiones especiales, pastel de cerdo, un plato muy popular),<sup>8</sup> y los platos de mar, como langostino, huevas, arenque ahumado o mejillones. En mi casa, la mayor parte de la semana comíamos platos sencillos: para el desayuno normalmente había pan untado con grasa de carne asada; en la cena se servía un buen guiso; a la hora del té, comíamos algo apetitoso, pero nada costaba más que unas monedas. Las comidas del fin de semana eran más elaboradas, como las de todos, con excepción de los muy pobres, y el té de los domingos era lo máximo. A las seis de la tarde, en la pila de basura del fondo ya había una capa superior compuesta de latas vacías de salmón<sup>9</sup> y fruta. El ananá era la fruta preferida porque, en esa época en que el precio de la fruta enlatada era sumamente barato –según nos parece ahora–, costaba unos pocos peniques (cuenta la leyenda que, en realidad, era nabo saborizado). Los duraznos y los damascos eran más caros y sólo se compraban en ocasiones especiales, como cumpleaños o visitas inesperadas de familiares que vivían en otra localidad. El salmón era delicioso, en especial los filetes rojos; aún hoy pienso que son más “sabrosos” que el salmón fresco.

Durante los años en que escaseaba la carne, los nuevos productos de carne enlatada gozaban de gran aceptación. Sé de una casa donde vive una familia de cinco personas en la que compran siempre una lata de 2 kilogramos de pan de carne, y un yerno que suele comer allí no consume carne fresca, sino sólo carne enlatada Spam, fría o frita. No es una comida barata, no más barata que el jamón cocido o el pescado con papas fritas, que siguen siendo populares.

<sup>8</sup> Un amigo mío hace poco escuchó a una mujer de clase trabajadora en una rotisería decirle con orgullo al marido: “¡Ay, cómo te gusta el pastel de cerdo!, ¿eh?”.

<sup>9</sup> A veces parecía que este alimento era una extravagancia: “Ahora le sirven salmón” era la frase empleada para dar a entender que un pretendiente era aceptado por los padres de la chica.

La insistencia en la comida sólida y rica es fácil de observar: "Panza llena, corazón contento". Los que trabajan duro tienen que comer mucha cantidad de alimento, con alto contenido proteico y lo más sabroso posible. Sin duda, las consecuencias son menos admirables que el propósito. Cuando era niño, mis tíos y tías, de entre 30 y 40 años, todos parecían tener dentadura postiza. ¿Se debía sólo a la falta de cuidado? (también tenían callos por usar zapatos incómodos). Pero asimismo recuerdo que un tema recurrente de conversación era la constipación y la acidez estomacal: comprábamos bicarbonato de sodio con la misma frecuencia con la que comprábamos leña. Quizá se trate de mi imaginación, pero me llama la atención la diferencia entre las personas gordas de distintas clases sociales; por ejemplo, una mujer adulta de la clase trabajadora y un hombre de negocios de buena posición económica. La mujer tiene la piel blanca y sin brillo; el hombre es corpulento y lustroso; ella me hace pensar en litros de té, kilos de pan y pescado con papas fritas; él, en la carne que sirven en hoteles de estación.

Podría seguir hasta el infinito recordando detalles que caracterizan esa clase de vida doméstica: el olor a agua caliente, bicarbonato y albóndigas de carne del día en que se lavaba la ropa, o el olor de la ropa secándose junto al fuego; y los domingos, el olor al *News of the World* mezclado con olor a carne asada; la lectura de artículos de viejos periódicos en el baño; las interminables tardes de domingo, aliviadas por visitas ocasionales a familiares, o al cementerio, cuyas puertas están flanqueadas por puestos de flores y talleres de lápidas costosas. Como cualquier otra vida con un núcleo firme, la vida de la clase trabajadora tiene una base sólida y genera un sentimiento fuerte entre sus integrantes. En los pequeños grabados en madera o en las tarjetas decoradas y los pañuelos bordados que aún hoy se venden en ferias y puestos de playa, se sigue poniendo "Hogar, dulce hogar" y "Hogar, el lugar donde más refunfuñamos y donde mejor nos tratan".

Como ya he mencionado, la descripción realizada hasta aquí y las secciones que aparecen más abajo en este mismo capítulo se nutren en gran parte de recuerdos de hace veinte años. No me explayo sobre el mayor poder adquisitivo de la clase trabajadora ni, por ejemplo, sobre el ahorro de trabajo que significa para las amas de casa tener electrodomésticos. Eso se debe, principalmente, a que muchos suponemos que las consecuencias de esos cambios en nuestras actitudes son mayores de lo que son. Por eso, pienso que es importante destacar primero cuánto del modelo básico de la vida de la clase trabajadora se conserva tal como ha sido durante muchos años.

En varios aspectos, es una buena vida, basada en el cariño y el espíritu de grupo, donde el individuo queda en segundo plano. Es elaborada y

desordenada aunque sobria, y no es ordinaria, ni presumida, ni antojadiza ni "demasiado femenina". El padre forma parte de la vida interna de la casa, no es alguien que pasa la mayor parte del tiempo lejos ganando dinero para mantener a la familia. La madre es el centro de la actividad en el hogar; siempre está muy ocupada y sus pensamientos suelen girar en torno a la vida de la sala familiar (el dormitorio no es más que un lugar para dormir). Su "única aspiración", como ella suele decir, es que sus hijas e hijos "encuentren pronto un buen chico o chica para formar su propio hogar".

Aunque parezca confuso y descontrolado, se puede distinguir un modelo, que no es consciente ni sofisticado, pero que se nutre de la idea de para qué sirve un hogar. Comparemos ese modelo con el de salones públicos como los de un café o un pequeño hotel moderno, con las paredes pintadas en varios colores hostiles de pintura al temple, rayas de colores chocantes, horrendos y fríos picaportes de plástico, apliques de iluminación recargados e inútiles, mesas de metal que no son atractivas y cuya pintura de colores brillantes está toda rayada: un conjunto de baratijas de mal gusto. Los materiales no necesariamente producen ese efecto, pero cuando los usan personas que han dejado de lado su idea de conjunto y no tienen afecto por los nuevos materiales, la falla se nota. En las casas, los nuevos objetos se integran a un conjunto que se conforma instintivamente a posteriori. Hay una invasión de la antigua tradición, aquí y en muchas otras áreas. Pero el profundo sentido de la importancia del hogar asegura la lentitud del cambio. El rechazo de varias generaciones al principal destructor de hogares, el alcohol, ayudó a la formación de una fuerte resistencia a nuevos destructores potenciales.

#### LA MADRE

Conozco sus manos humildes, restregadas y estropeadas /  
[...] ese monumental / argumento del gesto, la voz áspera.  
DYLAN THOMAS, "Después del funeral (en memoria  
de Ann Jones)"

Escribir sobre las madres de la clase trabajadora implica correr riesgos particulares. Sabemos, aunque sólo sea por la profusión de novelas publicadas durante los años treinta (una época tan afecta a documentar la vida cotidiana), que la madre ocupa un lugar privilegiado en la mayoría

de los relatos de infancia. Los hombres quizá no se ocupan tanto de ella, pero compran adornos con la leyenda "Sin madre no hay hogar" y, años después de que ella "se ha ido", siguen hablando de "mi vieja".

Es admirable el lugar que ocupa la madre en la familia. Pienso en una mujer de mediana edad, plenamente consolidada como ama de casa, reconocida como tal. En ese momento de su vida, ella es el eje del hogar, ya que este ocupa la mayor parte de su mundo. Es ella, y no tanto el padre, quien mantiene unida a la familia; ella le escribe, no sin dificultades, al hijo que está cumpliendo el servicio militar o a la hija que trabaja en otra ciudad. Mantiene el contacto con los parientes que viven cerca: abuelos, hermanos, hermanas y primos; a veces, va de visita a la casa de alguno de ellos o a lo de algún vecino y se queda charlando una hora. Deja el mundo exterior de la política, e incluso de las "noticias", a su marido; no sabe mucho del trabajo de él; los amigos que tiene son los de su marido, pues desde que se casó ha dejado de ver a sus propias amistades.

Si bien esta descripción es muy burda, es necesaria para dar una idea de la naturaleza cerrada, corta de miras, de la vida de la mayoría de las madres de la clase trabajadora. La presión es tan grande que, en las mujeres con problemas o que carecen de imaginación, puede dar lugar a un mundo vuelto sobre sí mismo en el cual no ingresa nada que no se vincule con la familia.

Es una vida dura, en la que se supone que la madre está dedicada "a lo suyo" desde que se levanta hasta que se acuesta. Sus actividades consisten en cocinar, remendar, fregar, lavar, cuidar a los hijos, hacer las compras y satisfacer los deseos del marido. Todavía hoy continúa siendo una vida dura, si bien ayuda tener una aspiradora o un lavarropas, y aun así, en los barrios obreros hay más polvo que limpiar que en los barrios más prósperos. Las cortinas casi nunca conservan "un buen color", aunque el lavado se haga con extracto de blanco; la zona de la chimenea necesita una limpieza más profunda. El humo y el hollín de las fábricas y las líneas de ferrocarril cercanas se meten en la casa, y la mayoría de las mujeres "no soporta la idea de que triunfe la suciedad".

Parte del tiempo libre se ocupa zurciendo o remendando, rara vez cosiendo ropa nueva para los niños. Pocas madres, ni siquiera las que trabajaron antes en una fábrica de ropa, conocen todo el proceso de confección de una prenda. Además, las máquinas de coser son caras y las familias de la clase trabajadora no pueden comprarlas, ni siquiera en cuotas, porque suelen adquirir bienes que contenten a toda la familia. La ropa de confección no cuesta mucho dinero y es bonita. La ropa del marido se estropea en el trabajo, así que la tarea de aplicar remiendos no

acaba nunca y se combina con la de comprar nuevas prendas que duran poco, porque lo barato sale caro.

En parte porque el marido está en el trabajo pero también porque se espera que sea la mujer la que se ocupe de tales menesteres, es la madre la que pasa el tiempo en lugares públicos, como la sala del médico, para esperar que le den "un frasco"; en el hospital, para acompañar al hijo que tiene un problema en los ojos; en las dependencias municipales, para averiguar por el pago de la factura de la luz.

Todo se vuelve más difícil porque en la mayoría de los casos, o al menos así ha sido hasta hace unos años, no sobra el dinero, sino que alcanza para "lo justo"; la suma para gastos de la casa asciende a un penique, aproximadamente. Ceñirse a ese ajustado presupuesto requiere una considerable habilidad, que no abunda, pero hay que ingeniárselas para que la familia no tenga problemas financieros. Una esposa sabe desde el momento en que se casa que tendrá que "ingeniárselas" para llegar a fin de mes. Hace unos años, Rowntree observó que hay un período entre la crianza de los hijos y la jubilación durante el cual todo es más fácil. Pero antes hay años de "ingenio" y "escasez".<sup>10</sup> He notado que las esposas más felices eran aquellas cuyos maridos percibían unos pocos chelines más que lo que ganaban en promedio los hombres de la cuadra pero que en otros aspectos tenían una vida igual a la del resto. Si un hombre fuera generoso y le diera a su mujer uno o dos chelines más, ella no tendría que cuidarse tanto ni hacer tantas cuentas; la compra de una lamparita o de un equipo de *boy scout* o el arreglo de un par de zapatos no serían motivo de preocupación. En parte porque el dinero no abundaba y en parte porque las amas de casa muchas veces no se daban cuenta del problema en el que se metían asumiendo deudas, algunas mujeres ideaban planes a los que se atenían con patética obstinación. Conozco a una mujer que gasta ocho libras por semana en el almacén y hoy, en los buenos tiempos, puede pagarlos semanalmente, pero no logra quitarse de encima las costumbres de la década de 1930 y nunca salda la deuda; está más contenta con el sistema de estar siempre debiendo algo que con abonar todo al contado. En la casa de mi abuela no vivíamos "de la caridad" pero, al igual que tantos conocidos, siempre estábamos "cortos de dinero". En aquellos años, todos los viernes a la tarde yo hacía cola para pagar el alma-

<sup>10</sup> Rowntree distingue tres momentos de pobreza en la vida de la clase trabajadora: la infancia, el período durante el cual se crió a los hijos y, por último, la época en que los hijos se han casado y el padre ya está jubilado.



cén; la cuenta semanal ascendía a unos 15 o 20 chelines, y siempre nos quedaba algo pendiente. De adolescente, yo sentía envidia por los que podían pagar todo alegremente, una horrible vergüenza por tener que repetir todas las semanas "dice mi abuela que seguirá debiéndole 5 chelines y que se los va a pagar la semana próxima". Años después, una mujer acumuló poco a poco una deuda de cerca de una libra en la carnicería y luego, de pronto, se dio cuenta de lo mucho que debía. No tenía forma de conseguir una libra, así que dejó de comprar carne, pero su familia todavía tenía cuenta con ese carnicero, así que le debe haber resultado difícil sobrevivir al invierno de 1952, cuando la carne escaseaba. El carnicero, por su parte, habría querido que ella fuese a verlo y proponerle un arreglo, pero sabía que la mujer no pasaría por el local. Cualquier comerciante podría proporcionar ejemplos parecidos. El pleno empleo y el Estado de Bienestar han modificado en gran medida esta situación, pero no tanto como podría pensarse; las antiguas costumbres persisten.

Por lo general, el ama de casa debe arreglárselas sola en este ajustado sistema de finanzas semanales. Por eso existe una fuerte competencia entre pequeños comerciantes por rebajar un penique o racionar la mercadería; esas pequeñas cosas son las que deciden una compra. Dos peniques por medio kilogramo de carne quizá parezcan poco, pero pueden hacer tambalear los planes de la semana, lo mismo que equipar al niño para la colonia de vacaciones o a la niña para el concierto de la escuela dominical o comprar un regalo para un primo que se casa. Siempre están los clubes de compra o las mercerías y tiendas de adornos, que, aunque no acepten cheques de agentes de préstamo, son más económicos que las grandes tiendas del centro y permiten que los clientes lleven lo que compran por un pequeño adelanto. Casi nunca la mercadería es tan buena como la que cuesta un chelín más: los objetos son ordinarios y se rompen, la capa de cromado es delgada y desaparece al poco tiempo. Acudir a clubes de compra o cambistas de cheques se convierte en un hábito y los agentes locales de préstamo suelen persuadir a sus clientes de "mantener la cuenta abierta" de manera continua, de modo que en muchos casos se va más dinero por semana que la cantidad de la que se dispone. El ciclo no se interrumpe nunca: si la familia necesita gastar más, normalmente la madre restringe los gastos, economiza en comida o en ropa.

La vida avanza semana a semana y la probabilidad de ahorrar una suma para "casos de emergencia" es muy baja. Algunos ponen una lata en la repisa de la chimenea donde guardan lo que ahorran para las vacaciones, pero no es lo más frecuente. Nadie tiene cuenta bancaria ni

cobra cuando está enfermo, salvo el pago del Servicio Nacional de Salud y quizás el de algún club, pero se trata de montos mínimos. Todavía se ven amas de casa haciendo cola en las oficinas de correo a las nueve menos cuarto todos los martes para cobrar la asignación familiar. Si "echan a papá" la familia puede pasar penurias. La antigua costumbre de cuidar mucho a los que traen el pan a la casa, en especial con la comida,<sup>11</sup> continúa vigente, así como el acento que se pone en la necesidad de que todos "tiren para el mismo lado"; de lo contrario, el barco corre el riesgo de hundirse pronto. Una mujer es muy feliz si puede "arreglárselas" o "seguir adelante", si puede contar con un poco de dinero para gastos extra al final de la semana.

En este aspecto, como en otros de la vida doméstica, la mujer es la responsable; el marido está fuera, ganándose la vida. Al llegar a casa, él quiere comer y estar tranquilo. Supongo que esto explica por qué, según lo veo yo, se espera que la mujer sea la que se ocupe de los métodos anticonceptivos que emplea la pareja. La mayoría de las familias no católicas de clase trabajadora aceptan la práctica de cuidarse para no tener hijos como algo normal, pero a los maridos y a las mujeres les da vergüenza acudir a los hospitales donde brindan información sobre métodos anticonceptivos, a menos que los guíe la desesperación. La timidez del marido y la idea de que la mujer es la que tiene la obligación de ocuparse del tema llevan a que él espere que sea ella quien se encargue, porque él "no tiene tiempo para esas cosas". La mujer no sabe nada de anticonceptivos antes de casarse, y los consejos que le han dado las chicas mayores que ella o las mujeres casadas en el trabajo o en el barrio difieren enormemente entre sí. Debe aceptar pronto alguno de esos consejos para que no lleguen más hijos que los deseados. Y eso no garantiza que su conocimiento no se limite al *coitus interruptus*, el óvulo vaginal o el preservativo. Los hombres tienden a rechazar los preservativos porque "uno siente menos placer"; a ellas les da vergüenza pedirlos en la farmacia, lo mismo que comprar óvulos; además los dos productos son caros, de modo que el método más común es probablemente el *coitus interruptus*.

No obstante, el empleo de cualquiera de esos métodos requiere una estricta disciplina, una competencia de la que carecen muchas amas de casa. Alguna que otra vez se olvidan de usarlos, o "se dejan llevar", o el preservativo es de mala calidad y se rompe, o los maridos las requieren

11 Muchas mujeres les dejan su propia porción de carne y panceta a los maridos porque a ellos "les gusta mucho la carne".

inoportunamente después de una noche en el club. Entonces, es bastante frecuente que después del primer o el segundo hijo, los que siguen sean “hijos no deseados”. Me aventuraría a decir que en la clase media baja, los “hijos no deseados” son los que nacen cuando los padres tienen alrededor de 40 años. Han tenido dos o tres hijos entre los 20 y los 30 y pico, y después, durante varios años, el método anticonceptivo funcionó bien. Quizás al llegar a los 40 se sienten a salvo y empiezan a cuidarse menos. Con la clase trabajadora, el patrón es algo diferente: a menos que se practique un aborto, la mujer tiene a su primer hijo no deseado un año o dos después de tener a los primeros dos niños. Se lo acepta “con filosofía”; después de todo, “¿para qué se casa uno?”. Es una aceptación “con filosofía” pero con poco sentimentalismo: “los chicos son un problema”, dan mucho trabajo y cuantos más se tienen, menos dinero hay para gastar. Pero, a pesar de todo, los padres los consienten y les están encima a todos por igual.

Está claro que una madre de la clase trabajadora envejece pronto, que a los 30, después de haber tenido dos o tres hijos, habrá perdido gran parte de sus encantos y que entre los 35 y los 40 ya ha perdido las formas y tiene la figura que la familia reconoce como la de “la vieja”. Ha salido al mundo antes que las muchachas de otras clases sociales; sus primeras salidas con chicos las tuvo a los 16 y su primera relación seria fue a los 18. Para esa época, ya usaba toda clase de maquillaje barato: lápiz de labios, perfumes, polvo y cremas. Continuó con esa simple rutina cosmética durante un tiempo después de casarse, pero luego la interrumpió; sólo la retomaba en alguna ocasión especial, con un maquillaje tosco y recargado que en un rostro descuidado parece pintura de payaso, un aspecto que algunas personas toman como prueba de la ordinarietà de la gente de la clase obrera cuando la ven durante las vacaciones.

A los 45 o 50 años empiezan los achaques; en los peores momentos se suele decir que “se está poniendo vieja”. Aparecen el reumatismo y un dolor de espalda que se debe a un prolapso que la mujer ha tenido durante veinte años sin saberlo. El gran temor, un tema recurrente en todas las conversaciones, es el tumor, considerado como un gran organismo canceroso, o la “piedra”, imaginada como un guijarro enorme. Recuerdo que una vez vi a una madre de mediana edad con una bolsa de las compras pasando por la feria de Hunslet Feast un viernes, con gesto de preocupación y dolor. Se detuvo en el puesto de la herboristería atraída por lo que decía una mujer inmensa, ridícula y ordinaria en su opulencia. Dudó unos instantes hasta que se acercó y contó cuál era su problema. Por seis chelines le vendieron una bolsa con unos cristales...

“No importa lo que le digan los médicos, querida. Disuelva uno de estos en un vaso de agua caliente dos veces al día y verá cómo se le disuelve la piedra. No se le volverá a formar nunca más. Se le irá cuando vaya al baño, querida.”

No hay mucho tiempo para ir al consultorio; cuando una mujer se siente mal, a veces va para que le den un frasco de medicina, pero normalmente el tiempo de espera o la sensación de estar molestando al médico (y la falta de convicción de que él pueda ser de mucha ayuda) hacen que la mayoría de las veces la mujer desista de ir. Con frecuencia, prueba con tónicos que le recomiendan. La mayoría de los médicos de los barrios obreros saben que no hay mucho que puedan hacer. Las mujeres de mediana edad no se cuidan como debieran, trabajan muchas horas, no saben relajarse, no duermen lo suficiente ni siguen una dieta balanceada. Esperan tener que seguir siempre adelante, haciéndolo todo bien, muchas veces confundidas porque las exigencias son complejas y de alguna manera hay que cumplir. En el fondo, el ama de casa sabe —si bien no lo piensa conscientemente— que, si “le pasa algo” al marido, ella deberá arreglárselas sola, trabajar como empleada de limpieza para que le alcance el dinero de la pensión.

Durante los años en que mi madre estuvo a cargo de mí y de mis dos hermanos, no gozaba de la salud suficiente para trabajar fuera de la casa, ya que padecía una afección bronquial aguda. Con gran habilidad, hacía que los veintitantos chelines que obtenía de “los Guardianes” le alcanzaran para toda la semana (parte de ese dinero se lo daban en forma de cupones que se cambiaban por productos en determinados almacenes). Nadie lo diría, pero mi madre había sido una chica alegre, según creo; pero una buena parte de su jovialidad se había perdido. No la conmovía la actitud de las personas ante su situación; aunque aceptaba de buena gana un abrigo o un par de zapatos viejos, no le agradecía a nadie por la pena ni por la admiración que sentían por ella; no tenía una visión sentimentalista de su condición y nunca simuló hacer otra cosa que soportarla y seguir adelante. La lucha continua anulaba cualquier probabilidad de disfrutar de la vida, y tres hijos pequeños que siempre querían más comida y diversión que lo que mi madre podía pagar no eran una compañía gratificante, salvo en contadas ocasiones. Se daba el gusto de fumar cigarrillos Woodbine a escondidas, para que “ellos” no la vieran. Mi hermano estaba entrenado para esconder el paquete de cigarrillos de 2 peniques en un cajón sin decir nada cuando regresaba de la tienda y había llegado de improviso una visita a la casa. La pequeña casa olía a humedad y estaba infestada de cucarachas; la letrina exterior se convertía

en un lodazal en los días de lluvia. La comida no era variada, pero mucho más nutritiva que la que habrían ofrecido otras mujeres en la misma situación. Mi madre tenía la firmeza y la astucia necesarias para negarse a todos nuestros pedidos de té con pescado y papas fritas, y no bebíamos más que chocolate. Un día tras otro, nos servía guisos con vegetales de poco valor nutritivo. Recuerdo que alguien nos trajo (yo tendría unos 6 años en ese momento) una pequeña caja de galletas surtidas y me acuerdo de cómo nos deslumbró el regalo. Para la merienda, a veces comíamos pan untado con leche condensada. La asignación semanal era de un penique para toda la familia, por lo que a cada uno nos tocaba el turno cada tres semanas. Mi madre siempre nos pedía que compráramos algo para compartir, y normalmente nos quejábamos. Teníamos la ropa arreglada y debidamente remendada todo el año, y para Pentecostés nos comprábamos ropa nueva; el último conjunto que recuerdo haber recibido fueron un par de trajes de marinero que venían con un silbato para mi hermano y para mí.

En una oportunidad, mi madre, que recién había cobrado, se dio un gusto, tal vez para recordar los que se daba antes: una o dos fetas de jamón cocido o unos langostinos. Nos quedamos mirándola como gorriones esperando que nos cayeran las migas, rodeándola mientras ella tomaba su merienda, hasta que nos gritó y nos asustó; estaba enfadada de verdad. No tuvimos recompensa por el susto; no quería darnos nada y no había posibilidad de ser generosa en la dádiva. Finalmente, algo nos dio, pero advertimos que nos habíamos metido en algo que no comprendíamos del todo.

El que acabo de relatar es un caso extremo, pero no está apartado de la tradición. Es necesario deshacerse de la idea de que las personas (hombres y mujeres) que viven ese tipo de vida tienen algo de héroes. No es fácil, y si las arrugas en la cara de una mujer mayor de la clase trabajadora suelen ser sumamente expresivas, adquirirlas es duro. Tenemos que intentar no añadirle más encanto a ese rostro; tiene su refinamiento sin ninguna luz artificial. Casi siempre es una cara rugosa, y las arrugas, cuando se las observa de cerca, tienen suciedad; las manos son una especie de garras huesudas cubiertas de una piel muy marcada, donde la suciedad también está incrustada tras años de lavar a mano con agua fría. En la cara aparecen dos líneas muy marcadas que van desde la nariz hasta los labios apretados; son la muestra de años de "hacer cuentas". Muchas mujeres mayores de la clase trabajadora tienen un gesto habitual que revela algo de los años de su vida hasta ese momento. D. H. Lawrence lo observa en su madre: el gesto característico de mi abuela consistía en

tamborilear los dedos en el apoyabrazos de su sillón, un tamborileo que acompañaba un pensamiento que le daba vueltas todo el tiempo en la cabeza; había pasado muchos años tratando de que el poco dinero con que contaba alcanzara para todo. Otras mujeres pasan la mano suavemente por el apoyabrazos, como tratando de suavizarlo todo para que las cosas funcionen; otras tienen un gesto en la boca o un balanceo constante. No se puede hablar de gestos neuróticos ni de signos de miedo; son gestos que acompañan los cálculos continuos.

En la actualidad, cuando oigo a alguien hablar de "pena" y "pobreza", me suenan a palabras arcaicas que hay que reservar para ocasiones especiales. Para mi abuela, eran palabras corrientes junto con "cuidado" y "dificultad", y se empleaban con tanta frecuencia y con el mismo valor con que muchas personas que conozco dicen hoy "fastidio" e "incomodidad". Cuando mi abuela decía que alguien "se sacaba el pan de la boca" no tenía la intención de sonar trágica ni de hablar en sentido figurativo; hablaba desde una tradición continua y todavía relevante, y cuando pronunciaba esas palabras, había en ellas algo de la cualidad elemental de la antigua poesía anglosajona: "Puedo cantar un canto auténtico sobre mí [...] que en los días de trabajo duro pasé momentos difíciles, que llevo una pena amarga en el pecho".<sup>12</sup>

Así es la vida de una madre de la clase trabajadora. Igual que el marido, se da algún gusto ocasionalmente. Su mayor placer es, como observa el doctor Zweig,<sup>13</sup> "que alguien la atienda"; puede ser que las hijas y el padre se ocupen de la casa por un día o ir de excursión, que le sirvan una comida como Dios manda de vez en cuando o, simplemente, que el marido la lleve al cine. Pero en general se dedica a trabajar hasta que es abuela, y entonces la llaman para que ayude con los nietos.

Algunas mujeres se toman muy en serio su papel y hacen de su vida un ritual riguroso y de su trabajo, un símbolo de gravoso honor; otras son holgazanas, pero para la mayoría la vida es, en mayor o menor grado, una eterna rutina olvidable de dedicación a la familia que desdibuja el orgullo y la autoestima. En el fondo, está el orgullo de saber cuántas cosas dependen de ellas, que torna irrelevante cualquier atisbo de autocompasión. Así, hasta la menos atractiva y prometidora de las chicas llega a la madurez en su hogar rodeada de la familia, sabiendo que está

12 Poema anglosajón, tomado de *The Seafarer*, Everyman, 1926.

13 V. F. Zweig, *Women's Life and Labour, The British Worker, y Labour, Life and Poverty*. La obra del doctor Zweig ha sido una referencia para toda esta sección.

donde debe estar y, a pesar de todos los problemas, está contenta. El marido puede ser el "jefe" de la familia, pero ella no es un felpudo; los dos aprecian el valor y la virtud de la mujer siempre que ella sea una "buena madre". El ama de casa rezongona sigue siendo uno de los principales villanos del arte popular.

Pero cabe preguntarse en qué medida se transmite todo esto a las adolescentes que pasean a la noche por la calle. Parece que ellas llenan el espacio que media entre terminar el colegio y casarse yendo al cine tres veces por semana a ver "comedias musicales" y "comedias románticas" o historias de amor imaginarias y yendo a bailar a Palais, Mecca, Locarno o los clubes.<sup>14</sup> Por lo general, el trabajo no tiene mucho que ver con su personalidad; las chicas no tienen mucho interés en comprometerse con nada; no les interesan las actividades sindicales ni las domésticas. ¿Puede ser que la mayoría de ellas sean irresponsables, descuidadas y vacías?

Me ocuparé de esos temas en capítulos posteriores. Ahora quiero poner el acento en otro aspecto, en la razón por la cual las cosas no siempre son tan malas como parecen a primera vista. A esas muchachas, la etapa florida les dura poco, sólo algunos años durante los cuales tienen pocas responsabilidades y algo de dinero para gastar. Sorprende, en vista de que las circunstancias no son favorables, la alta proporción de jóvenes que realizan actividades al aire libre. Para la mayoría, lo que tan conveniente e insistentemente hay en oferta es suficiente: las actividades en espacios cerrados. A ellas les aburre su trabajo y hay muchos que saben cómo hacerles gastar el dinero. Son propensas a vivir en la burbuja de la fantasía adolescente. Todo lo que quieren hacer parece urbano y trivial; no sería fácil captar su atención durante mucho tiempo desde fuera de la burbuja.

Así y todo, no es muy común que las chicas se rebelen contra la familia, aunque la casa paterna no les genere nada especial. La casa familiar está "bien" (adverbio que indica que uno acepta algo que no lo entusiasma).

<sup>14</sup> Los bailes de salón son el segundo gran entretenimiento nacional después del cine. Hay entre 450 y 500 salones de baile y muchas otras salas que se usan para otros fines además de los bailes. Cada año van unos doscientos millones de personas a los bailes y gastan cerca de 25 millones de libras (un cuarto de lo que se gasta en ir al cine). El rango de edades es de 17 a 25 años (datos tomados de "Saturday Night at the Palais", *Economist*, 14 de febrero de 1953. El autor observa particularmente el tono "respectable" de la mayoría de los salones y el interés genuino de los bailarines en su actividad).

Uno vive allí; normalmente no piensa en irse o si puede salir de noche. Pero me parece que la vida alegre —y lo es en muchos sentidos— de las adolescentes no está considerada como algo "real", como la vida de verdad. Las chicas la disfrutan sin arrepentirse; rara vez afecta la idea de que, después de todo, el verdadero asunto de la vida es casarse y formar una familia. Por cierto, es la vida en un sentido que no se tuvo en el colegio; en esa época se aprende mucho sobre lo real, sobre lo que significa vivir, por medio de los chismes y de las charlas entre compañeras de trabajo; uno se divierte. Pero la vida real, dejando de lado la diversión, es el matrimonio: para hombres y mujeres, esa es la principal línea divisoria de la vida de una persona de la clase trabajadora, y no el hecho de cambiar de trabajo o mudarse a otra ciudad o ir a la universidad o tener un oficio. La boda marca el fin de la libertad temporaria para una mujer y el inicio de una vida en la que lo normal será "fregar". Para la mayoría, todo esto es algo natural; el período de libertad es una especie de vuelo de mariposa, vertiginoso mientras dura, pero breve. "Ahora voy a sentar cabeza", la frase que dicen las chicas cuando han encontrado a un hombre para casarse, encierra un profundo significado.

Después de la boda, la mujer recurre a sus raíces más antiguas. Aún le quedan muchas lecciones difíciles por aprender y varias situaciones incómodas antes de sentar cabeza. Las mujeres más despreocupadas se resisten a aprender, siguen fumando y yendo al cine, así que no se ocupan de los hijos como deberían. Muchas adoptan un ritmo que las retrotrae a un tiempo anterior a las melodías bailables y las películas. Basta con observar la forma en que una muchacha que debería tener un espantoso sentido del estilo —en vista de la medida en que su gusto se ve alimentado por lo llamativo y lo trivial— impone, en cada objeto individualmente desagradable que adquiere, el sentido de lo que es importante para recrear el ambiente de una sala de estar. Basta con observar cómo cuida a un bebé, y no me refiero a cuestiones de higiene ni a asuntos triviales, sino a cómo lo alza en sus brazos o lo coloca en una tina de baño junto al fuego.

Normalmente, la joven ha tenido práctica antes de terminar el colegio, ayudando con la limpieza de la casa, cuidando a los hermanos menores o paseando a su propio bebé o al de la vecina. No es mucha práctica, y después de seis o siete años de jugera continua, sorprende que retome el hilo como si nada hubiera pasado en el medio. Eso se debe a que ese hilo nunca se cortó, sólo quedó oculto por un tiempo. Las esposas jóvenes que siguen trabajando hasta que nace su primer hijo o incluso después, en caso de contar con una abuela que lo cuida

o de una guardería donde dejarlo, no se rebelan contra las exigencias del matrimonio sino que prolongan, por un período que saben que es breve, el tiempo en el que les queda dinero para gastar en pequeños lujos: jamón cocido a 2 chelines el cuarto o pescado con papas fritas dos o tres veces por semana. Es bueno mientras dura. La mayoría de las chicas de la clase trabajadora no sufre mucho por la libertad perdida; nunca pensaron que sería para siempre.

Según las normas de las clases "educadas", es decir, de acuerdo con los consejos publicados en los libros modernos para padres, las jóvenes de la clase trabajadora malcrián a sus hijos. Forma parte de una antigua tradición de la clase trabajadora el consentir a los niños y a los jóvenes hasta que se casan. A los bebés los colman de atenciones; no los dejan llorar, les dan de comer hasta hartarlos y luego les suministran unos dudosos remedios de 6 peniques la caja; les dan el chupete, muchas veces embebido en almíbar; los mecen continuamente en sus magníficos cochecitos; no los dejan solos ni la madre, ni el padre cuando llega del trabajo, ni los abuelos, y dejan que se queden despiertos hasta muy tarde. Años después, aunque a veces se espera que las niñas ayuden un poco en la casa y a algunos niños se les permite trabajar como repartidores de diarios, lo llamativo, en vista de lo ocupada que está la madre y de que en la casa no sobra el dinero, es que les piden que no trabajen mucho y que el dinero que consigan en su tiempo libre se lo queden ellos.<sup>15</sup> ¿Cada cuánto se bañan los niños? ¿Con qué frecuencia les compran regalos carísimos; por ejemplo, bicicletas extraordinarias y cochecitos gigantes? Los padres no esperan que los hijos hagan aportes para mantener la casa, ni en trabajo ni en dinero. Casi todo lo que sabe una chica de clase trabajadora sobre llevar adelante una casa lo asimila inconscientemente. Es probable que una joven "gane buen dinero" y genere muchos gastos, pero casi seguro el dinero que deja en la casa no alcanza para cubrir esos gastos. Si eso es ser egoísta, los padres perdonan y alientan ese egoísmo, pues piensan que las chicas ya tendrán todo el resto de su vida para vivir de otra manera y que hay que dejarlas que "lo pasen bien mientras pueden", porque después de todo, "sólo se es joven una vez".

## EL PADRE

Igual que a su mujer, a un hombre de la clase trabajadora casi siempre lo reconozco por el físico. Suele ser de baja estatura y de tez oscura, con la cara arrugada y amarillenta después de los 30. La estructura huesuda de la cara y el cuello se aprecia con claridad; tiene un aire a perro de caza. Por lo general, estos rasgos físicos se adquieren en la juventud y quedan para toda la vida. Por eso, por decirlo superficialmente, si yo o alguno de mis colegas con familia de clase trabajadora nos pusiéramos la gorra y el pañuelo que usa la gente elegante o si nos desabrocháramos el primer botón de la camisa, la forma en que nos quedan el pañuelo y la gorra o la estructura de las escápulas nos harían parecer obreros en su día libre y no hombres deportivos de clase media.

El punto de partida para entender la posición del padre de clase trabajadora en su hogar es que él es el patrón, el "jefe de la casa". Así lo indica la tradición y ni él ni su esposa quieren cambiarla. Delante de otras personas, la mujer se refiere a su marido como "el señor W." o "el jefe". Eso no quiere decir que él sea el amo o que siempre se haga lo que él quiere. Muchos maridos están bien dispuestos a ayudar y a ser "considerados" y "buenos esposos". Los que se muestran holgazanes o insensibles suelen ser bastante egoístas y hasta brutos. En cualquier caso, es probable que se los trate con deferencia porque son los que aportan la mayor parte de los ingresos y los que más trabajan, aunque hoy en día esto no sea del todo cierto. El hombre sigue siendo el principal contacto con ese mundo exterior que aporta el dinero para la casa.

Muchas veces hay una especie de rudeza en sus modales que una mujer de clase media no toleraría. Una esposa dirá que está muy preocupada porque hay algún problema y "el jefe va a ponerse loco" cuando llegue; el marido la puede "levantar en peso" con malos modales o incluso le puede "poner una mano encima" si ha tomado un par de cervezas al salir del trabajo. O las mujeres de mediana edad le preguntarán a una más joven: "¿Te trata bien, no?", cuando lo que en realidad quieren saber es si el marido ejerce violencia psicológica o física, o si sale todas las noches y la deja sola, o si "es comprensivo" cuando a ella no le alcanza el dinero de la casa. Esto implica, en parte, una crudeza rústica en las relaciones personales y en la forma de expresarse que no significa necesariamente falta de afecto, ni desamor hacia la esposa. El hombre gruñón sabe defender a la esposa; tiene algo de gallo que cuida el gallinero. Por consiguiente, los muchachos rudos despiertan admiración; el gesto de desaprobación ante ellos encierra tanto admiración como preocupación: "es un hombre de verdad", dicen de él.

15 Observación del doctor Zweig en *Women's Life and Labour*.

De un marido, entonces, no se espera que ayude en la casa. Si lo hace, la esposa se pone contenta, pero si no, ella no le guarda rencor. "Al fin y al cabo", casi todo el trabajo de la casa le corresponde hacerlo a ella. "Ese no es trabajo para un hombre", dice la mujer, y no lo deja hacer mucho, por temor a que piensen que es afeminado. El mayor elogio para este tipo de marido sería: "Es muy bueno en la casa. Como una mujer". Si ayuda mucho parece que se está ocupando de obligaciones que le corresponden a ella; las tareas de la casa no se comparten.

Cuando él decide ayudar a lavar la ropa o cuidar al niño, lo hace porque de verdad quiere ayudar. En muchos casos, la esposa no sólo "ni sueña" que él la ayude a lavar, sino que piensa que no puede "ponerse a lavar cuando él está en casa". Normalmente, el secado de la ropa es un problema, en especial en días de lluvia, porque se necesita un sistema complejo que consiste en colgar las prendas húmedas alrededor del fuego en un tendedero portátil, y quitarlas y meterlas en un canasto o una tina de zinc cuando el marido quiere "ver el fuego".

Hay muchos maridos que consideran que el tema del dinero de la casa es algo compartido,<sup>16</sup> así que dejan el sobre con el pago semanal para que sus mujeres dispongan de él. Pero según mi experiencia, en la mayoría de los casos, el sobre es del hombre, que le da una suma fija por semana a su esposa para los gastos de la casa. En muchas familias, la mujer ni siquiera sabe cuánto gana el marido. Eso no quiere decir que él la trate mal. "Sí, me cuida" o "Me trata bien", dice la esposa para dar a entender que el marido le da suficiente dinero pero que es él quien lo administra. De esta suma fija, la mujer debe sacar para reemplazar la vajilla y el mobiliario que se rompen. Los maridos más considerados aceptan que les pidan más y aportan algo del siguiente pago de horas extra. Muchas veces, lo que le toca a la mujer de esas horas extra no le llega de manera sencilla. A veces, ella siente que no es capaz de hablar de problemas de dinero con el marido ni de temas tales como si es posible mandar al hijo a la escuela secundaria. Se discutirá el asunto y, en especial, si hay que decidir si el chico puede continuar con sus estudios secundarios después de los 16 años, pero en este caso no habrá una conversación con precisiones sobre medios y recursos económicos ni sobre recortes de gastos o reducción de actividades de ocio.

16 Esto es distinto incluso en otras partes del norte de Inglaterra; por ejemplo, el caso de muchas mujeres casadas que trabajan en la industria textil en Lancashire.

Si el marido recibe un subsidio por desempleo —y los mismos supuestos se aplican si está enfermo o no tiene suerte o carece de aspiraciones—, él y la esposa dan por sentado que él debe tener dinero para gastar. Es una cuestión de amor propio, pues "un hombre no puede no tener dinero en el bolsillo"; se sentiría menos hombre, dependiente de la esposa e inferior a ella, y esa situación no es normal. Él debe tener dinero para los cigarrillos y la cerveza,<sup>17</sup> incluso para alguna apuesta. La cantidad de dinero que gastan por semana, aun los hombres desempleados, le parecería excesiva, por ejemplo, a un profesional de clase media. En promedio, un hombre suele comprar 15 cigarrillos baratos por día, que le insumen alrededor de 13 chelines por semana. Un hombre que cobra el subsidio por desempleo dispone de una libra para sus gastos semanales. Los cigarrillos y la cerveza, según su criterio, son parte de su vida; sin ellos, la vida no sería vida. Casi no hay otros intereses más importantes que los desplacen o por los que valga la pena renunciar a ellos. Es, pienso, la idea de que se trata de elementos básicos lo que hace que muchas familias, incluso aquellas en las que el padre tiene un buen trabajo y dispone de bastante dinero para sus gastos, conserven las viejas costumbres según las cuales la esposa compra una parte de los cigarrillos para el marido con dinero asignado para los gastos de la casa.

He notado que las chicas son muy mimadas por los padres, pero que, en especial cuando dejan la escuela, deben ocuparse más de las tareas domésticas que lo que se espera de sus hermanos varones. Los muchachos no tardan en incorporar el concepto de que "para los hombres es distinto", que se afianza a medida que crecen. Cuando un joven termina la escuela, esa idea ya se ha fortalecido y él se siente por primera vez cerca de su padre y sabe que su padre está dispuesto a acercarse a él, porque ahora los dos comparten el mundo real del trabajo y los placeres masculinos.

17 El *HRS 1955* confirma lo que sugiere la observación: los cigarrillos son la forma más popular de tabaco entre la clase trabajadora. El 68% de los hombres de esta clase fuma cigarrillos y sólo el 17% fuma en pipa. La proporción de fumadores de cigarrillos es algo más elevada que en otras clases. El gasto en tabaco parece bastante uniforme en todas las clases; en general, esto se explica por la mayor proporción de gasto en tabaco de la clase trabajadora respecto de sus ingresos. El informe sobre gastos de consumidores en el Reino Unido (véanse las notas del capítulo 3) indica que, a medida que disminuyó el gasto en bebida, aumentó en tabaco (cigarrillos en especial) en todas las clases sociales.

Aún hoy esta situación es bastante común, pero se interpreta como que el marido es egoísta y delega en la esposa la resolución de los problemas. La idea fundamental es que el hombre es el amo y señor de la casa. Algunas frases que expresan esta idea, y no son las que se oyen con menos frecuencia, podrían sonar muy injustas para las mujeres. Con todo, hay muchos hombres que son considerados y están dispuestos a ayudar, que pasan gran parte de su tiempo libre con la familia, dedicándose a arreglar cosas en la casa. Aun así, la idea es que el padre ocupa una posición especial. Hay cosas difíciles y de hombres, como cortar leña, que sólo él puede hacer; hay otras que hace sin que se trastoque el orden establecido, como irse al trabajo sin que nadie le prepare las cosas o llevarle una taza de té a la mujer a la cama ocasionalmente.

En algunos maridos jóvenes se observan signos de un cambio llamativo en la actitud general. Las mujeres ejercen presión para que ocurra ese cambio y sus maridos están dispuestos a modificar las costumbres heredadas de sus padres. En este asunto, como en otros, las mejoras en la educación promueven un lento aunque amplio cambio de actitud entre los que están dispuestos a aceptarlo. En particular, ciertas parejas de esposos reciben la influencia del ejemplo de los maridos jóvenes profesionales, de clase media baja, que han aprendido, en especial desde la guerra, a ayudar a sus mujeres porque ya no pueden contratar empleadas domésticas. Hay hombres de clase trabajadora que lavan la ropa si sus esposas trabajan fuera de la casa, o se ocupan del bebé si salen temprano del trabajo y no están muy cansados. Pero muchas esposas regresan del trabajo tan cansadas como sus maridos y "se ponen" a hacer las tareas del hogar sin ayuda de nadie. Y no muchos maridos de clase trabajadora aceptan empujar el cochecito del bebé cuando van por la calle, porque aún se cree que es una actividad "de blandos", idea con la que la mayoría de las mujeres está de acuerdo.

Si una mujer tiene un deseo consciente, probablemente no sea el de un marido que haga ese tipo de tareas sino uno que respete las viejas costumbres; un "buen marido" en el sentido más antiguo, un hombre "firme" y "trabajador", que no la deje de pronto en la pobreza, que conserve su trabajo si empiezan los despidos, que lleve siempre el dinero a la casa y que sea generoso a la hora de compartir el aguinaldo.

En el plano emocional, el mejor aporte del hombre es estar dispuesto a negociar sin por ello volverse blando o "afeminado", a vivir según el principio de que un matrimonio feliz es un "toma y daca". Una gran mayoría de los maridos de clase trabajadora respeta ese principio: hay muchos chistes sobre el matrimonio pero ninguno en contra de él. No se sienten hostigados por las ambivalencias de las personas con mayor grado

de conciencia, que están tan horrorizadas por la idea de poder terminar como burgueses autocomplacientes al igual que sus padres, que les lleva años darse cuenta de que les gusta la vida de casados, y hasta disfrutan con las necesidades y los deberes cotidianos. Los hombres y las mujeres de la clase trabajadora todavía creen que casarse es lo normal y lo "correcto", y que hay que casarse más cerca de los 20 que de los 30 años. Lo que un hombre gana a los 21 es, probablemente, lo mismo que gana a los 50; es posible que el joven se case con una muchacha de su misma clase y entre los dos busquen una "casa que sea de los dos" donde vivir su vida privada.

### EL BARRIO

La casa puede ser privada, pero la puerta de entrada da a la sala de estar. Y cuando uno cruza el umbral o lo usa para sentarse en una tarde de verano, pasa a formar parte de la vida barrial.

Para quien viene de afuera, estos distritos proletarios son deprimentes; calle tras calle con casas regulares y uniformes cortadas por un aburrido trazado de pasajes, callejuelas y callejones; ordinarias, sórdidas y con estructuras temporarias que se eternizan; una variación en tonos de gris donde el verde y el azul del cielo están ausentes; los colores son más oscuros que en el norte y el oeste de la ciudad, más que en las "mejores zonas". Los ladrillos y la madera de las casas son los más económicos; la carpintería de madera se pinta muy de tanto en tanto. Quienes tienen casas para alquilar no se preocupan tanto por mantener el valor de la propiedad como quienes viven en sus propias casas. El parque o el espacio verde más cercano está bastante lejos, pero los terrenos están salpicados de parches de tierra en la que no crece nada y hay un lote sin construir a un par de kilómetros al que le dicen "el baldío".<sup>18</sup> Nombre evocador: es un terreno desocupado de algo más de dos hectáreas, rodeado de obras y *pubs* mugrientos, con un gran urinario de ladrillo rojo en el linde.

Las casas están encajadas en los oscuros y deprimitos pasajes que discurren entre gigantescas fábricas y sus construcciones anexas, "las barracas de una industria", como las denominan los Hammond. Los trenes de carga corren por terraplenes que están al mismo nivel que muchas de las ventanas de los dor-

<sup>18</sup> Mis baldíos eran Hunslet y Holbeck, en Leeds. Creo que hoy los dos han sido renovados con tierra, arbustos y flores.

mitorios y transportan los productos fabricados por los obreros hacia Sudáfrica, Nigeria o Australia. Los viaductos se entrelazan con vías férreas y canales; las plantas de producción de gas encuentran un hueco entre todas esas infraestructuras, y entre todo ello se ubican los *pubs* y las poco elegantes capillas metodistas. El color verde avanza por donde puede —casi por todas partes— en parches raquíticos. El pasto, cubierto de hollín, crece entre el empedrado; acederas y ortigas, perseverantes e insolentes, emergen en medio de los objetos tirados en los basurales sin inmutarse por la presencia de “caca de perro”, paquetes de cigarrillos o ceniza; saúcos, ligustros y adelfillas se adueñan del espacio cercado detrás de las piscinas municipales. Durante el día y la noche, los ruidos y los olores de la zona —sirenas de fábricas, trenes que cambian de vías, el vaho de las plantas de gas— indican que la vida está compuesta de turnos y horarios que cumplir. Los niños no están bien alimentados ni adecuadamente vestidos y se nota que les vendría bien pasar más tiempo al sol.

Para los lugareños, esos son sus pequeños mundos, todos tan homogéneos y bien definidos como un poblado. Más abajo, en el camino que lleva a la ciudad, los autos de los jefes se alejan rugiendo a las cinco de la tarde hacia sus casas de campo a 15 kilómetros de distancia en dirección a las colinas; los hombres vuelven a casa. Todos conocen muy bien el barrio en el que viven: se meten mecánicamente en un callejón por aquí o pasan por un lavadero público por allá. Conocen el barrio como un conjunto de zonas tribales. Pitt es, sin duda, una de nuestras calles, pero Prince Consort no nos pertenece porque está más allá del límite, en otro distrito. En mi zona de Leeds yo conocía a la perfección, cuando tenía 10 años —al igual que todos los que vivían allí en esa época—, la situación de cada una de las calles de alrededor y también dónde una zona se transformaba en otra. Las peleas de bandas eran peleas tribales entre calles o grupos de calles.

Del mismo modo, todos nos conocíamos; sabíamos todo acerca de los demás: que tal familia tiene un hijo que “se tomó el buque” o emigró; que esa otra gente tiene una hija que cometió un error en la vida o una que se casó con alguien de otra zona y a la que le va bien; que ese señor mayor que vive solo y cobra una jubilación compra en la carnicería y fuma una mezcla de tabacos de 6 peniques; que aquella señora es una vieja maniática que limpia a fondo los antepechos de las ventanas y los escalones de la entrada dos veces por semana,<sup>19</sup> arrodillada sobre un trapo viejo y lava los ladrillos del

frente hasta la altura de los hombros; que esa otra joven tuvo un hijo negro hace un tiempo, después de la visita anual del circo; que al hijo bobo de esa mujer se le pueden encargar recados; que aquella señora mayor está siempre dispuesta a pasar un rato con un inválido “por consideración”; que ese hombre es muy bueno en su trabajo y, como le va bien, puede llevar a la familia de vacaciones una semana a Blackpool todos los años y fue el primero del barrio en comprar un televisor; que esa familia tiene lugares reservados en el teatro Empire y el hijo toma más helado que el resto de sus amigos y recibe regalos más caros en Navidad y para su cumpleaños.

Son costumbres de una vida que se desarrolla en una zona pequeña, en la que todo queda cerca. Las casas, según he comentado, dan a la calle; la calle en sí, comparada con la de las afueras de la ciudad o con las de las nuevas urbanizaciones, es estrecha; las casas de veredas opuestas están separadas sólo por el empedrado, lo mismo que los negocios. Para las cosas que se compran con menos frecuencia, uno puede caminar dos o tres cuadras hasta las tiendas que están en la calle por donde pasa el tranvía o ir hasta el centro de la ciudad, pero las compras diarias se hacen ahí mismo; en casi todas las cuadras hay una tienda, un almacén de ramos generales o una casa de avisos clasificados. La vidriera de esas casas es una colección de papeletas; si a la noche queda la luz encendida, los chicos se reúnen allí; los pequeños anuncios de 6 peniques por semana en la pared dan forma a una especie de mercado local repleto de artículos “en muy buen estado” o “Vendo barato” o “Casi nuevo”. “Zapatos clásicos, casi nuevos, 10/-”, “Abrigo de *tweed* (varón, para 14 años), 12/6 y diván de 90 cm (£12 de costo), £4. Dirigirse después de las 7”.

El almacenero, cuyo local es el “club” de las amas de casa, como en la mayoría de los distritos, no progresa a menos que respete las costumbres del barrio. Los comerciantes que recién se instalan cuelgan en la pared del fondo un cartel de esos que confeccionan los talleres gráficos del barrio: “Aquí no se fía”, pero no pasa mucho tiempo antes de que deban empezar a dar crédito. Muchas mujeres recuerdan cuán dispuestos a ayudar estaban los almaceneros en tiempos de la depresión económica; ellos sabían que a sus clientas no les alcanzaba el dinero para saldar la deuda semanal y que quizá tendrían que esperar meses para cobrar, pero si no les daba crédito las perdían como clientas, entonces no les quedaba más remedio que esperar si no querían bajar la cortina definitivamente. Abrían incluso el domingo por la mañana, uno de los días más concurridos; si no estaba abierto, los clientes golpeaban la puerta de la casa.

19 Hay diferencias interesantes en este hábito entre las distintas ciudades. Las mujeres de la zona sur de Leeds usan polvo de limpieza amarillo y creo que las de Sheffield usan polvo blanco.



El almacenero puede ser honesto o emplear toda suerte de triquiñuelas, pero la relación con sus clientes es distinta de la que mantienen los comerciantes en los barrios de clase media. Allí, el dueño de un comercio se siente inferior a sus clientes; incluso cuando tiene más dinero que muchas de ellas, se comporta como si fuese su empleado y las trata de "señora". En los barrios obreros, el comerciante es uno más, aunque sus ingresos superen la media de los sueldos de los demás residentes locales. En esos casos, como él comparte los gustos y las costumbres del resto, es el que tuvo suerte, el que "está mejor"; vive en el mismo tipo de casa, manda a sus hijos a la misma escuela, se viste de manera similar, pero tiene más dinero para ahorrar o darse algunos gustos.

A menos que le asignen una vivienda municipal, un hombre de clase trabajadora sigue viviendo en su barrio toda la vida; quizá hasta viva en la casa cuyas "llaves le dieron" el día antes de su boda. A los trabajadores no calificados no les gusta mudarse; a los calificados, menos, porque es probable que tengan experiencia en un sector que ofrece puestos de trabajo en la zona donde viven o en un barrio al que llegan fácilmente en tranvía. Es improbable que un obrero sea el único que sepa hacer su trabajo en el barrio. Quizá cambie de trabajo antes que de lugar de residencia, ya que siente que está más ligado a su barrio que a su trabajo. Quizá tenga una prima maestra, se haya casado con una chica de Nottingham y se haya ido a vivir allí; quizá tenga un hermano que conoció a una chica en Escocia durante la guerra y se la haya traído a vivir a su distrito. Pero por lo general, la familia vive cerca y "siempre" ha vivido cerca: en Navidad todos van a tomar el té a la casa de la abuela.

A pesar de las grandes transformaciones que hubo en los medios de transporte en los últimos cincuenta años, el obrero no viaja mucho.<sup>20</sup> Algún desplazamiento en autobús suburbano, viajes para acompañar a su equipo de fútbol o quizá para las vacaciones de verano;<sup>21</sup> también un traslado en tren para asistir al funeral o a la boda de algún pariente que vive a unos 50 kilómetros. Antes de casarse quizás haya ido a Europa o en bicicleta a otras partes de Inglaterra; es probable que haya recorrido bastante mientras cumplía con el servicio militar. Pero una vez que se

casa, descontando las ocasiones mencionadas, la velocidad y la distancia que recorre no difieren mucho de las que podría haber recorrido hace treinta años. Para él, el auto no acorta distancias, los trenes no son más rápidos que hace tres cuartos de siglo. Es cierto que, si tiene que viajar, normalmente va en autobús, pero el asunto es que no suele ir mucho más lejos que 2 o 3 kilómetros. La calidad de la vida cotidiana de un hombre de clase trabajadora queda clara en la forma en que recorre media ciudad arrastrando una carretilla, transportando una mesa usada que compró por poco dinero a un conocido de un conocido. Tarda horas en completar el recorrido, pero a él le parece normal. Nos recuerda a Tess d'Urberville, que va de un valle a otro, pero a ella le parece que recorre distintos países. El contraste no es tan marcado, pero el obrero en esa circunstancia está más cerca de Tess que del abogado que viaja 10 kilómetros para jugar al golf. Para muchos miembros de la clase obrera, el viaje en autobús para visitar a unos parientes que viven a cierta distancia dentro del condado es un verdadero trastorno.

Las experiencias en el transporte público suelen ser agotadoras. Si un hombre debe viajar para ir al trabajo, probablemente lo haga en un tren colmado de pasajeros que también van a trabajar; del mismo modo, si va a ver un partido de fútbol, el tranvía que lo lleva va repleto. Si la esposa va a hacer las compras a la ciudad, seguro que viaja a una hora en la que muchos vecinos también tienen tiempo para hacerlo, es decir, el sábado a la tarde. Si va a la playa con la familia, viaja en tren el mismo día feriado en que lo hace todo el mundo. Para los hombres de la clase trabajadora, el transporte sólo es tranquilo los días en que no van a trabajar porque están enfermos y los demás están trabajando.

Todo gira en torno de grupos de calles conocidas, y sus vidas comunitarias activas y complejas. Me refiero, por ejemplo, a la gran cantidad de transacciones financieras entre familias, a los cobradores de compañías de seguros, a los vendedores de ropa, a los clubes de ahorro, a las rifas y sorteos.<sup>22</sup> A un conocido que viene en su bicicleta con un viejo impermeable y que se acuerda de preguntar por el reuma de la dueña de casa le pagan 6 peniques por semana, a la mujer que vive tres casas más allá le dan 1 chelín por semana por una lámpara cromada que aparecía en un colorido catálogo, o un "cheque" por un conjunto de prendas para algùn

20 El Estudio de Derby (p. 113) lo confirma. Entre los entrevistados, 1 de cada 4 personas de la clase media había salido de Derby en 1952, pero dentro de la clase trabajadora la proporción era de 1 de cada 10 (se excluyen los viajes de uno o dos días).

21 Con los parientes, porque es más barato y más coherente con la costumbre de compartirlo todo con la familia.

22 Una de las costumbres consistía en recolectar dinero entre todos, y una vez por semana se elegía a uno por sorteo que se llevaba todo lo recaudado ("La próxima me toca a mí").

miembro de la familia. El plan de pago del cheque se gestiona en una oficina en la ciudad o a 70 kilómetros de distancia. Lo único que saben los vecinos es que la que se ocupa es la señora Jackson, que ha vivido en el barrio durante años y “habla muy bien de la administración”.

También están las organizaciones de tipo masónico exclusivas para hombres, como la Orden Real y Antediluviana de Búfalos y la Orden Independiente de Individuos Selectos, con sus complicados sistemas de obligaciones y pagos. Existen muchos eventos organizados por diversas asociaciones para mujeres que se reúnen a jugar a las cartas, en especial mujeres de más de 35 años, cuyos hijos ya se pueden quedar solos en la casa o cuyos maridos murieron y las dejaron solas. Se sientan muy contentas, charlan y disfrutan del momento, con la ilusión de ganar un premio. Siempre está la mujer muy perceptiva a la que sólo le interesa ganar, que impone un ritmo incómodo y regaña a sus compañeras si piensa que juegan mal. Al regresar a casa, alguna dirá “¿Viste la de vestido azul? Era muy *viva*. Yo voy para estar con gente y me gusta jugar... No soporto a estas tan *vivas*”. Hay fiestas de la Coronación y la Victoria en cada calle. Un pueblo entero puede tener una fiesta de la Coronación y arreglárselas para actuar como una unidad. En las ciudades, la asamblea del condado organiza festivales en los parques y las personas de la clase trabajadora acuden aunque no sientan que les pertenecen; podrán ser eventos muy democráticos pero no son actos verdaderamente comunitarios, porque para serlo, en las ciudades las actividades se organizan por cuadradas.

Adoptemos por un momento la mirada del niño que mencionamos anteriormente. Tiene unos 11 años y va a la tienda a buscar su revista del sábado, *Wizard* o *Hotspur*. En el trayecto, pasa por una tienda en la que el dueño no rezonga porque le piden unos pocos peniques de caramelos; ve al padre de un amigo fumando en mangas de camisa después del último turno antes del fin de semana; repara en una cerca de madera estropeada en la que viven arañas a las que se puede fastidiar, y en el local de venta de bebidas alcohólicas donde suena un timbre cada vez que sale un cliente después de comprar una jarrita de vinagre.

Hay variedad de luces que el niño reconoce: el sol que a la tarde llega hasta las ventanas de la planta baja, el gris neblinoso de noviembre sobre el tejado y la chimenea, las noches brumosas de marzo cuando los muchachos se reúnen bajo la luz amarillenta de la lámpara de gas abollada y con rayones. Los olores que percibe son los de la cerveza y los cigarrillos Woodbine que emanan los hombres el sábado a la noche, el del polvo y la crema baratos que usan sus hermanas mayores, el del pescado con

papas fritas,<sup>23</sup> el del almidón de las prendas reservadas para ponerse en Pentecostés y el penetrante olor a orina de perros, gatos y hombres. La escena más interesante es la que combina ruido, luz y olores, entre las 11 y las 12 de una mañana soleada de domingo, cuando las puertas están abiertas y los umbrales, ocupados. El aroma a carne asada sale de casi todas las casas; las ondas de las radios se mezclan unas con otras y se oyen conversaciones, risas y discusiones. Pero en ese momento, las discusiones no son muchas; lo que prevalece es una sensación de buen humor, diversión y ganas de disfrutar de un rico almuerzo.

Hace unos pocos años, el niño habría visto las pianolas o pianos callejeros, que eran alquilados por día por los viejos dueños de los almacenes de la ciudad para entretener a las amas de casa antes de que en la radio pudieran sintonizarse estaciones como Light Programme y Radio Luxemburgo. Las pianolas tenían una forma de sonar incierta en apariencia, con una sucesión de notas en cascada dentro de una serie regular de grandes oscilaciones melódicas; todas las melodías se convertían en un conjunto de trinos y trémolos, de flirteos atrevidos y gorgoteos, con una cadencia dinámica al final de cada movimiento. Si hoy tocan cualquier versión de “Valencia” o “I left my heart in Avalon”, no puedo evitar oírlos con un dejo de melancolía, como sonaba en las pianolas. Hoy esos instrumentos ya no están, pero los calesiteros y los ropavejeros hacen sus anuncios a voz en cuello.

Además, el chico tiene algunos gustos extraños; no se inclina tanto por los caramelos comunes ni los jugos de fruta, ni los maníes ni las bolitas de anís, sino por una fórmula secreta que los chicos van transmitiendo de generación en generación: una barrita de regaliz o canela que se compra en la farmacia por 1 penique, 2 peniques de acacia, una porción de papas fritas “con trocitos crocantes, por favor”, bien condimentadas con sal y vinagre y servidas en papel de diario por el que se pasa la lengua cuando se acaban las papas. Comer estas cosas cuando uno va caminando por la calle a la noche es una delicia.

También hay vida animal en el barrio: una multitud de mascotas, de las cuales los más interesantes son los perros de “raza perro”, aunque los gatos los superan en número. Los estorninos ocupan los edificios públi-

23 Un amigo mío tenía problemas en la casa cuando era adolescente y una vez le dijo a su profesor de francés que no sabía si valía la pena vivir. El profesor, un judío pobre de Manchester, le respondió: “Déjame sentir el olor de pescado con papas fritas y vinagre y me convencerás de que la vida merece la pena, como le ocurre al Fausto de Goethe con los cantos de Pascua”.

cos de la ciudad, pero los gorriones son los pájaros que más abundan en el barrio, y las palomas a veces toman el empedrado por asalto; los ratones andan por los montículos de basura y las vaquitas de San Antonio se aparecen en los descuidados jardines del fondo de las casas; al fondo del patio puede haber un cajón de naranjas donde se crían conejos o una hilera de jaulas con cotorras.

Además, están los acontecimientos especiales, como un funeral o una boda en la calle, una chimenea que se incendia, el caballo del carbonero que se tropieza cuando se hielan los adoquines, un intento de suicidio con el gas de la cocina, una pelea familiar que se oye casi hasta la esquina. Lo que más le gusta al niño es jugar en la calle, con el poste de luz que hace las veces de árbol de un parque imaginario. Entre los 5 y los 13 años, los chicos juegan con otros de su mismo sexo. Los juegos cambian a medida que avanza el año, según los productos que se consiguen en cada estación (por ejemplo, *conkers*)\* o a medida que los chicos intuitivamente van modificando su ritmo. En una época del año, todos juegan a las bolitas, dispuestas siguiendo un rango de prestigio que varía según la edad del dueño y la potencia ganadora de cada una; de pronto las bolitas desaparecen y a todos les da por jugar con cerbatanas. En ocasiones, se pone de moda una diversión nueva, como el yo-yo de los años 30, pero las modas duran poco. Los juegos normalmente no requieren otro adminículo que un palito o una pelota; los niños usan el material que tienen a mano: los postes de luz, las losas y los frentes de las casas. Los aros de pelota al cesto y los dardos ya no se usan y los baleros no son muy populares, pero el béisbol callejero, la mancha, la rayuela marcada en las baldosas y un gran número de juegos que requieren correr alrededor de los postes de luz o entrar y salir corriendo de espacios cerrados, como en el juego de indios y vaqueros, aún tienen vigencia. A las chicas les gusta saltar a la sogá y, en especial, les encanta ir disfrazadas por la calle con ropa vieja de su madre con encaje y puntilla, jugando a que están en una boda. En el patio del fondo, un par de muchachos arma un carro con unas tablas de madera y las ruedas de una vieja carretilla y luego va a toda velocidad por la vereda o el asfalto, accionando el freno de mano cuando se acerca a la ruta del tranvía.

Las canciones con rima que acompañan los juegos siempre están vivientes: “A la ronda de San Miguel, el que se ríe se va al cuartel”, “Punto y

coma, el que no se escondió se embroma”, “Al Don Pirulero”, “A la lata, al latero, a la hija del chocolatero”. También hay canciones para ocasiones especiales como las elecciones (“Juntos, juntos, juntos podemos”); para la noche del 5 de noviembre, cuando se encienden fogatas, o para la Navidad, cuando se cantan villancicos casa por casa:

En el portal de Belén  
hay un arca chiquitita  
donde se viste el Señor  
para salir de visita.

Y también:

*We wish you a merry Christmas, we wish you a merry Christmas,  
We wish you a merry Christmas, and a happy New Year.*

En el caso de las “excursiones”, esas recreaciones que implican gastar unas monedas e irse de la casa, la secuencia viene determinada exclusivamente por las estaciones del año. Los destinos pueden ser un arroyuelo cercano donde se pescan espinosos y percas, un bosque donde se recogen frutos, pasando la iglesia de arcos en punta, un campo cercano con plantas de ruibarbo o nabo donde también es posible cazar pájaros. Los chicos que le pueden pedir unas monedas a la madre van a la piscina municipal o viajan en tranvía a una parte alejada de la ciudad, donde dicen que el parque infantil es muy bueno; allí pasan todo el día y comen unos sándwiches y comparten una gaseosa. En otoño se pueden pasar días enteros mirando cómo organizan el “festival” y tratando de descubrir qué ocurrirá allí.

Así se van sucediendo los días y las semanas, muchas veces aburridos y grises, pero matizados con todo tipo de sucesos. Existe un ritmo, pero es el del mundo de los juegos, en el que las estaciones y los grandes festivales religiosos son sólo secundarios. Los viernes están reservados para ir de compras con la madre a la calle comercial, que es puro bullicio, entre los saludos de los conocidos y el traqueteo de los tranvías que no dejan de pasar. Llega el fin de semana con las fotos del sábado o un concierto en la capilla y una cena en el centro parroquial; huevos con panceta para el desayuno del domingo y la gran merienda del domingo por la tarde. Durante el año vienen el martes de los panqueques, el día de las elecciones —que siempre es feriado—, las roscas de Pascuas, el “festival” de otoño, la noche de las diabluras y todas las semanas en las que se recaudan

\* *Conkers* es un juego infantil en el que se ata una castaña a una cuerda y, moviéndola, se intenta romper la del contrario. [N. de T.]

fondos para la noche de las fogatas. Ese día se enciende una especie de gran fuego urbano, con casi nada de madera sacada de árboles y mucho de sillas y colchones viejos que alguien ha podido cambiar últimamente cuando le tocó el turno del club de compras o un sofá que ha sido reemplazado por uno más moderno gracias a la compra en cuotas. Al ritmo de los fuegos artificiales, la gente pone a asar papas en los bordes de la fogata.

Como esa vida constituye una totalidad que colma las expectativas a todas las edades, para una persona de la clase trabajadora mayor de 25 años es difícil mudarse a un barrio de características distintas, o incluso a otro barrio del mismo tipo. Son conocidas las dificultades de los trabajadores para establecerse en las nuevas viviendas municipales. Normalmente, la mayoría no acepta las actividades grupales organizadas, salvo las que conoce desde pequeño y en las que ha participado públicamente si las necesidades comunes y la recreación de un barrio densamente poblado así lo requerían. En los parajes de ladrillo y cemento, al principio se sienten muy expuestos y desprotegidos; sufren de agorafobia; sienten que no pertenecen al nuevo sitio, que está “lejos de todo”, de su familia y de los comerciantes que conocen de toda la vida; no cuidan el jardín, salvo que se hayan acostumbrado a usar el huerto, y no es lo más usual; quisieran montar gallineros y se compran perros y gatos.

La imagen más conmovedora de esa idea de hogar y de barrio es la de los hombres mayores que pueblan las salas de lectura de las bibliotecas públicas.<sup>24</sup> Son personas solas que ya no trabajan, con hijos adultos que se han ido de la casa familiar, viudos o que tienen a su esposa enferma. Los más afortunados siguen viviendo en su antigua casa o en la de uno de sus hijos; algunos se las arreglan con una jubilación y viven en una residencia o en una habitación de un apartamento en un distrito pasado de moda. Los que se quedan en el barrio se sienten perdidos sobre todo en los días de semana, cuando la calle está ocupada sólo

por niños y unas pocas amas de casa, atareadas pero gentiles. Los menos frecuentan las estaciones de tren donde se encuentran con locos y vagabundos. Otros acuden todos los días a la biblioteca, donde no hace frío y hay lugar para sentarse. La imagen recuerda a esos estuarios ocultos a los que llegan los sedimentos fluviales, que permanecen allí como un montón de basura: palos, trozos de papel, hojas marchitas, cajas de fósforos... La biblioteca tiene el aspecto de un asilo de ancianos de los antiguos, algunos de los cuales todavía existen; los sombríos periódicos están abiertos en mesas dispuestas a lo largo de las paredes, bien sujetos con barras de madera y con las páginas de deportes cuidadosamente pegadas para desalentar las apuestas; las revistas están sobre escritorios de roble oscuro iluminados por lámparas de pantallas color verde, con un haz de luz tan estrecho que la sala queda en penumbras por encima de la altura del codo.

La semioscuridad ayuda a suavizar la insistencia de las notas en blanco y negro, todas con leyendas imperativas que anuncian prohibiciones y que se alternan con los periódicos en las paredes. En una sala de lectura que conozco hay ocho mandamientos en carteles que varían en tamaño, desde uno de 23 centímetros de largo por 10 de altura que reza SILENCIO hasta otro que dice NO SE ADMITE EL INGRESO DE PERSONAS CON MATERIAL DE LECTURA EN ESTA SALA Y LOS LECTORES DEBEN LIMITARSE A CONSULTAR LAS PUBLICACIONES DISPONIBLES EN ELLA. Los carteles varían en tono, desde la orden tajante a la prohibición sutil. Después de un rato, el ambiente es tan deprimente que uno empieza a pensar que PROHIBIDO HABLAR EN VOZ ALTA es una señal de afecto en medio de un clima formal, una manera de mostrar comprensión por el hecho de que tantos asistentes al lugar no tienen con quién hablar.

La biblioteca es el refugio particular de los que no tienen un lugar, de los que sobran, de los que tienen las mejillas hundidas, los ojos vidriosos y la mirada gastada y algo triste. Un excéntrico absorto en los rituales de sus obsesiones se sienta entre un solterón, que vive en la casa de su hermana casada porque a ella le viene bien la pensión que recibe él por haber peleado en la guerra, y un viudo entrado en años que vive en una residencia sin pretensiones o en una casa que huele siempre a té viejo y fritura. Salen a la calle después de lavarse con agua fría, ponerse una camiseta y enroscarse una bufanda alrededor del cuello. Antes de entrar a la biblioteca caminan un rato, observan a la gente por la calle, gente que está ocupada haciendo cosas, que pertenece a algún lugar. Si el banco de la plaza está muy frío, van a la sala de lectura en busca de calor. Algunos prefieren artículos de temática religiosa, que nunca falta en sus

24 Las salas de lectura de las bibliotecas públicas eran lugares mucho más tristes en los años treinta. Entre otros, los que iban a leer los periódicos —empleados, vendedores y algunos profesionales que no tenían trabajo— también iban allí a comer sus bocadillos y a anotar datos en sus cuadernos. El informe de Sargaison *Growing Old in Common Lodgings* es muy valioso en este aspecto. Con respecto a los ancianos en las bibliotecas públicas de Belfast, la autora comenta que “algunos de los hombres de más edad aprovechaban para secarse las medias en los caños de la calefacción, pero eso estaba prohibido, y si los descubrían, el castigo era el frío de la calle”.

lecturas; otros –furtivos y temerosos de que los descubran, o hábiles, audaces y descarados– imaginan cómo ganar en las apuestas o farfullan cosas mientras comen un sándwich. Hay quienes sólo ojean las publicaciones o miran fijamente una página durante diez minutos sin leer; algunos se sientan y miran un punto fijo mientras se hurgan la nariz. Todos están en los márgenes de la vida, viéndose a diario pero sin tener ningún tipo de contacto. Reducidos a un manojito de ropas, unas pocas necesidades primarias y una falta persistente, han sido desconectados del único tipo de vida de la que alguna vez participaron, en la que desempeñaron un papel que aceptaron de manera inconsciente; no conocen el arte de las relaciones sociales.

Suele haber alguno que llega a este refugio de los desposeídos como si fuese un club conservador y él, un viejo concejal. Deteriorado pero desenvuelto, se dirige hacia su silla preferida saludando y sonriendo como si alguien le prestara atención. Niega lo evidente con la mayor frescura y cree que es feliz. La mayoría imagina una vida ideal frente a la chimenea, comiendo mucho, con una esposa que escuche con atención, con dinero para comprar cigarrillos y cerveza, y una “posición”. No es de sorprender que el empleado de la biblioteca les inspire deferencia; algunos han perdido el respeto por ellos mismos y no se permiten siquiera sentirse molestos por él ni tratarlo con arrogancia.

